



SÍNTOMA Y ARCHIVO. LAS ENFERMEDADES IMAGINARIAS EN *THE AFFLICTIONS* (2014) DE VIKRAM PARALKAR

Author: Carlos Ayram

Source: *English Studies in Latin America*, No. 20 (January 2021)

ISSN: 0719-9139

Published by: Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivs 3.0 Unported License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.

Your use of this work indicates your acceptance of these terms.





Síntoma y archivo. Las enfermedades imaginarias en *The Afflictions* (2014) de Vikram Paralkar

Carlos Ayram¹

RESUMEN

Este ensayo propone problematizar el carácter narrativo e imaginario de la enfermedad en *The Afflictions* del escritor indio Vikram Paralkar. Sostengo que la novela despliega un historial de afecciones, virus, síndromes, trastornos y padecimientos físicos, emocionales, sexuales, lingüísticos y mentales en tanto posibilidad para transformar sus síntomas en una suerte de archivo imaginario. La obra produce un saber patognóstico y lúdico a través de algunos recursos y repertorios del lenguaje médico, poniendo en evidencia la dimensión metafórica de la enfermedad. Concluyo con algunas consideraciones generales para pensar la vinculación recíproca que tienen la literatura y la enfermedad en cuanto procesos de negociación de significados y sentidos sobre la experiencia del padecimiento.

PALABRAS CLAVE: Cuerpo, enfermedad, metáfora, síntoma, Vikram Paralkar

ABSTRACT

This essay proposes to problematize the illness' narrative and imaginary character in *The Afflictions* by Indian writer Vikram Paralkar. I claim that the novel unfolds in a history of physical, emotional, sexual, linguistic, mental conditions, syndromes, and disorders as a possibility to transform its symptoms into a kind of imaginary archive. The work produces a pathognostic and playful knowledge through some resources and repertoires of medical language to highlight the disease's metaphorical dimension. Along with some general considerations, I conclude by talking about the reciprocal link between literature and disease as processes of negotiation of meanings and senses on the experience of the suffering.

KEY WORDS: Body, illness, metaphor, symptom, Vikram Paralkar

1 Candidato a Doctor en Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Becario ANID. Actualmente adelanta su tesis doctoral titulada: *Espectros de la discapacidad. Retóricas y representaciones del cuerpo tullido en la narrativa conosureña y mexicana reciente.* cjayram@uc.cl

Introducción

The Afflictions es la primera novela de Vikram Paralkar (1981), hematólogo de la Universidad de Pensilvania. En tanto libro de ficción, la obra suscita enormes cuestionamientos a sus lectores: ¿es una novela?, ¿un catálogo imaginario de enfermedades extrañas?, ¿un documento científico apócrifo?, ¿un trabajo filológico? Pues bien, es novela, pero es al mismo tiempo un inventario de males perturbadores y afecciones sin sentido; una historia de formación y también un fondo documental imaginario sobre enfermedades huérfanas; un documento científico de aspiraciones novelescas; un texto recubierto por el poderoso lenguaje metafórico de las enfermedades. Según Mercedes Halfon “[e]s interesante pensar cómo Vikram Paralkar hizo de su oficio e investigación un paso para llegar a una narrativa que si bien tiene como origen la medicina avanza hacia mucho más adentro que la carne” (1).

The Afflictions es un texto que podría calificarse de anfibio porque se resiste a ser catalogado como una novela, aunque acuda a su lenguaje y a su estructura para producir un cuerpo textual atravesado por etimologías inventadas, descripciones de síntomas, bitácora de diagnósticos, amuleto de pronósticos y preguntas científicas sin explicaciones “racionales”. Paralkar acude con inusual rigor al lenguaje literario y poético para destacar el carácter narrativo, imaginario, político y moral que rodea al virus, el contagio, la cuarentena, la epidemia, el padecimiento crónico y la perturbación mental. El autor reemplaza la experiencia histórica de la enfermedad, es decir, situada en un espacio/tiempo determinado y vivido por un colectivo humano concreto, por una experiencia imaginaria y, ante todo, literaria de la misma, interrelacionando relato y síntoma; anécdota e historial; metáfora y concepto.

Paralkar dialoga con una tradición literaria de enciclopedias y novelas sobre vidas imaginarias, ofreciendo un repertorio de enfermedades raras que parecen ser una suerte de *telos* de la imaginación médica. Desde *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino —que se ha dicho en diferentes medios, es la fuente principal en la que se inspira Paralkar— hasta las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob, *The Afflictions* invoca sutilmente una serie de documentos literarios que han transformado el trabajo de representación a través de la autonomía de la imaginación.

Huelga decir que Paralkar disecciona su saber profesional, estableciendo zonas de contacto entre el lenguaje de la medicina y el lenguaje figurativo con la finalidad de incorporar un procedimiento paródico en su escritura. Para Linda Hutcheon, la parodia requiere “the addition of an ironic and critical dimension of distancing for it to be an accurate reflection of the art of today” (10); esa inversión irónica y crítica –pero no por eso menos lúdica– le posibilita a la obra establecer su diálogo con algunos notables tratados de la medicina occidental, por ejemplo: *Los tratados hipocráticos (Corpus hippocraticum)* (V-VI a.E.C.) y el *Canon Medicinae* de Avicenas (1020 E.C), textos fundacionales y fuentes de autoridad en la antigüedad sobre el conocimiento del cuerpo, sus humores y afecciones¹. La parodia, en este sentido, no se mofa de los textos antes mencionados, aunque exagere sus procedimientos, exacerbe su lenguaje y se oponga a la evidencia científica. La novela, desde esta dimensión, se propone usar materiales y archivos del saber médico, para que, en calidad de referentes, iluminen las posibilidades literarias que esta conjura. De hecho, *The Afflictions* funciona de acuerdo con la organización que tratadistas médicos y anatomistas como Hipócrates, Galeno, Avicenas, Da Vinci, Vesalio, entre otros, hicieron de sus respectivas obras sobre el cuerpo, las cuales inauguraron sobre este “una episteme occidental” (Le Breton 46).

The Afflictions narra interrumpidamente la bienvenida que un bibliotecario tísico le da a Máximo, un boticario enano con un rostro deforme, a la Biblioteca Central, que en su corazón protege la *Encyclopaedia medicinae*, una obra compuesta por trescientos veintisiete volúmenes, de elegante encuadernación, cuyos pergaminos fueron elaborados con piel de animales: “an Encyclopaedia of healing. Written on death” (Paralkar 10). La obra no enuncia un periodo histórico determinado, de hecho, jamás se hace mención alguna a ello. Empero, por la manera en que se describe el lugar donde acontece la historia, una biblioteca, donde trabajan novicios, escribas y miniaturistas y la formación de Máximo como boticario, la obra podría estar situada en el Medioevo tardío. Entre los siglos XV y XVI se profesionalizó el oficio del maestro boticario y circulaban tratados médicos y anatómicos que orientaron el conocimiento sobre el cuerpo y las enfermedades.

¹ Este diálogo puede ser extensivo a otros tratados, por ejemplo: *De Materia Medica* de Dióscorides de Anarbeo (c-40- c-90), *Artis Medicae Principes* de Rufo de Éfeso (70 E.C) o *Terapeutica de Glaucón* de Galeno (126 – 201/206 E.C).

De hecho, Máximo tiene un estudio sobre la glándula pineal que el bibliotecario tísico leyó con sumo interés.

En el medio de un brevísimo recorrido que el bibliotecario le da a Máximo —quien en contadas ocasiones es inquirido sobre el tamaño de su cuerpo y su presunta incapacidad—, van apareciendo, sin un orden establecido en el relato, aunque se aluda a la estructura y organización de la totalidad de la *Encyclopaedia* posteriormente, diversos tipos de aficciones que afectan el cuerpo, la mente, el lenguaje, la memoria y los sueños. Enfermedades cuyas historias extravagantes, inverosímiles y fantásticas, pero al tiempo tan vibrantes y consistentes, le van dando sentido a la experiencia formativa de Máximo, nombre claramente oximorónico. Un cuerpo enfermo guía a otro cuerpo no canónico a conocer y a resguardar la *Encyclopaedia*: la enfermedad, tanto la del bibliotecario como la que se representa y clasifica en el documento, inaugura la formación de Máximo como futuro custodio de la pieza invaluable que se le ha mostrado durante su primer día.

Este ensayo se propone problematizar el carácter narrativo e imaginario de la enfermedad en *The Afflictions* de Vikram Paralkar. En primer lugar, sostengo que la novela despliega un historial de afecciones, virus, síndromes, trastornos y padecimientos físicos, emocionales, sexuales, lingüísticos y mentales en tanto posibilidad para transformar sus síntomas en una suerte de archivo imaginario. En segundo lugar, la obra produce un saber patognóstico y lúdico a través de algunos recursos y repertorios del lenguaje médico, poniendo en evidencia la dimensión metafórica de la enfermedad. Concluyo con algunas consideraciones generales para pensar la vinculación recíproca que tienen la literatura y la enfermedad en cuanto procesos de negociación de significados y sentidos sobre la experiencia del padecimiento.

La *Encyclopaedia* como archivo

Las representaciones sobre el cuerpo y, principalmente sus afecciones, han estado orientadas en occidente por la terminología médica, lo que ha dado forma a una experiencia histórica de interpretación sobre la enfermedad y la corporalidad. Para hablar del dolor, el padecimiento, la discapacidad, el sufrimiento, entre otros, los vocablos provenientes del campo de la medicina han servido para explicar y volver inteligible los procesos bioquímicos, anatómicos, reproductivos,

digestivos y mentales del cuerpo humano, pero, también sus excesos, incertidumbres y anomalías. De acuerdo con Oliver Faure “el vocabulario técnico que utilizamos nos permite convertir nuestro cuerpo en un objeto exterior, con el que podemos tomar un mínimo de distancia y conjurar las inquietudes que nos inspira” (23).

El conocimiento del cuerpo y sus dolencias fue un proyecto que comenzó en la antigüedad occidental con Hipócrates en su intento por explicar la realidad del cuerpo y sus afecciones desde un enfoque terapéutico. En particular, para Hipócrates, la práctica de la medicina era indisociable de la observación sobre el cuerpo concreto del paciente; sin una atenta mirada, los síntomas no se pueden revelar y, en consecuencia, interpretar en virtud de un posible pronóstico. En el pensamiento hipocrático, las enfermedades fueron tratadas “como desórdenes corporales a cuyo respecto puede emitirse un discurso comunicable referido a los síntomas, sus causas supuestas, su devenir probable, y a la conducta que deberá observarse para corregir el desorden que tales síntomas indican” (Canguilhem *Escritos sobre la medicina* 34). Los aportes de Hipócrates para entender la enfermedad como un desequilibrio de los humores del cuerpo (bilis, sangre, flema y atrabilis) y sus proposiciones sobre la dietética, es decir, consejos y recomendaciones nutricionales que influían en los humores, perduraron tanto en el dominio médico como social hasta recién entrada la modernidad.

La observación, ejercicio hipocrático por excelencia, se convirtió en una operación prestigiosa de la medicina y en cuanto técnica de las ciencias modernas después de la invasión a América. La clínica, particularmente, obedeció al privilegio de la mirada, entendida esta como la puerta de acceso a una verdad que se hospeda en el cuerpo y la cual “tiene esa paradójica propiedad de entender un lenguaje en el momento en que percibe un espectáculo” (*El nacimiento de la clínica* 155). Observar consistió, entonces, en un examen atento a los síntomas que expresaba el cuerpo y funcionó como código de lectura para la comunidad médica: la mirada clínica en tanto acto de percepción hace hablar a las cosas desde “su silencio originario” (157). Solo la carne auscultada y, por tanto, examinada bajo el régimen escópico del médico, era interpretada como un conjunto de síntomas que podrían expresar estados de salud o de enfermedad.

Penetrar en el cuerpo y sus misterios fue el principal desafío de la modernidad occidental desde el siglo XVI². Por ejemplo, los anatomistas modernos –cuyos antecedentes estuvieron en la antigüedad grecolatina–, según David Le Breton, abrieron los secretos de la carne “reivindicando el saber biomédico naciente” (47). Por ejemplo, los cadáveres fueron de gran interés para los hospitales: la disección se constituyó en un saber específico sobre las fallas del cuerpo movilizadas, claro está, por la observación. Las patologías y cuadros clínicos aparecen una vez el cuerpo está abierto a la mirada del médico: el cadáver –que ya no es cuerpo– es rasgado y manipulado para, “desvelar los secretos ocultos de la enfermedad y ayudar a su comprensión” (Faure 29). La clínica y la anatomía engendraron a su vez la anatomía patológica, “en que la preocupación principal fue la elaboración de un diagnóstico preciso y la detección de las transformaciones anatómicas que la enfermedad configuraba” (Porzecanski 75). Esta manera de ver/entender la enfermedad fue de gran importancia una vez constituida la modernidad occidental, ya que fue el campo de acción de la medicina y, en consecuencia, de los discursos, nociones y debates que las repúblicas modernas usaron para promover el higienismo, la educación cívica y la productividad corporal.

En consonancia con lo anterior, los estudios anatómicos y médicos tuvieron un espacio de convergencia en el tratado o en la enciclopedia. Estas dos formas de archivo –si por archivo se puede aplicar su concepto de convergencia signica usada por Derrida, pero también como evidencia material y testimonial que contradice la imagen estereotipada de la historia, en palabras de Didi-Huberman– fueron protegidos, consultados, enseñados, transmitidos, traducidos, rebatidos y circularon como fuentes auténticas de autoridad científica. Las enfermedades, sus explicaciones, causas y remedios fueron consignadas en dichos documentos que concretaron la experiencia atenta y cuidadosa de la observación, despojando cada vez más el misterio de la carne para encontrar el detalle de la inconfundible vulnerabilidad del sujeto. Por ejemplo, *De humanis corpore fabrica* (1543), de André Vesalio, es un trabajo de composición gráfica sobre la anatomía del cuerpo humano que, por un lado, desafía los aportes y notas que Galeno había hecho hasta entonces sobre el cuerpo y, por otro lado, engendra la concepción moderna del mismo: “el cuerpo no es más que cuerpo” (55)

² Hay un motivo interesante en *La lección de anatomía de Nicolaes Tulp* (1632) de Rembrandt. La obra, si bien presenta la disección de un cadáver abierto a los médicos, también indica, de manera sutil, la orientación de la mirada hacia el libro que está abierto frente a la mesa de disección, como si los signos debieran corresponderse y, por tanto, confirmarse con el cadáver recién abierto.

anuncia Le Breton. Esta sentencia encontrará su confirmación, posteriormente, con el triunfo de la cuestionable racionalidad cartesiana: el *cogito* asume la forma indispensable del privilegio y autonomía por encima del estorbo que representa el cuerpo mismo.

Listar las enfermedades, localizarlas materialmente en el cuerpo y darles alguna suerte de atención, terapia o rehabilitación, fue la preocupación principal de estos estudios médicos. La enfermedad se expresa a través del síntoma que, según Andrea Ostrov posibilita que “el cuerpo enfermo [se haga] visible, palpable, audible” (60). La soberanía –y soberbia– de la mirada clínica hará que el síntoma cobre una forma específica y colabore con su comunicabilidad y registro. El síntoma, como signifiante de la enfermedad, debe inscribirse en el orden del lenguaje, según Foucault, no hay enfermedad sin el elemento visible y, por consiguiente, enunciable: “la enfermedad ha escapado a esta estructura que gira de lo visible que la hace invisible y de lo invisible que la hace ver, para disiparse en la multiplicidad visible de los síntomas que significan, sin residuo, su sentido” (*El nacimiento de la clínica* 139).

Ahora bien, *The Afflictions* puede dialogar extensamente con el contexto antes esbozado y, al tiempo, puede funcionar como una ficción que imagina el soporte archivístico de las enfermedades que narra. De un lado, a pesar de no aclarar del todo el periodo histórico en el que transcurre la novela, este es identificable por los indicios que la historia deposita a lo largo del relato: transcurre en un tardía Edad Media y el lugar de la narración, la Biblioteca Central, conserva el aura de las abadías que, en su corazón, protege tratados, libelos, manuscritos, códices y pergaminos. La biblioteca, que funciona espacialmente como residencia del archivo, es el espacio de asidua consulta de investigadores que buscan la *Encyclopaedia medicinae*. De otro lado, el estado de la *Encyclopaedia*, su proceso de confección y su bella materialidad son enunciadas por el bibliotecario tísico en repetidas ocasiones: no se está frente a un documento cualquiera, estamos ante la presencia de un documento legendario³.

3 Llama la atención que la *Encyclopaedia* contenga tantas enfermedades como historias posibles se derivan de ella, y que precisamente se encuentre preservada en la biblioteca, espacio poroso de ficción y certeza, que se ha dicho, tendría ciertas relaciones con la biblioteca borgeana, y por qué no, su historia mantiene una sutil semejanza a la búsqueda del libro perdido de Aristóteles que emprenden Adso de Melk y Guillermo de Baskerville en *El nombre de la rosa* (1980) de Umberto Eco.

El interés que despierta el texto en los investigadores sobrepasa absolutamente su curiosidad científica: más que los detalles y minucias sobre los síntomas más raros de las enfermedades que la *Encyclopaedia* contiene, atrae la atención por el conjunto de historias, anécdotas, glosas y explicaciones narrativas. Por ejemplo, *Inmortalitas diabolica* es una extraña enfermedad de la cual no hay mucha evidencia científica sobre sus causas; la delata quienes exhiben obscenamente una juventud que rechaza cualquier manifestación de dolor o achaque: “*Inmortalitas diabolica* does not cure afflictions –it transfers them to the bodies of others. When a person with this power reaches within himself to expunge his illness, its vapors leave his body and settle on some innocent passerby, who must now suffer an illness fate has not ordained for him” (Paralkar 16). La descripción de los síntomas diagnostica asimismo la estatura moral de los sujetos que padecen o disfrutan de esta inusual dolencia: “Some people with *Inmortalitas diabolica* try to reject the gift, allowing wrinkles to line their faces, scars to riddle their lungs, cancers to flourish in their guts” (17).

Cada aflicción es indisociable de su condición de historial en su doble sentido: de un lado, como registro sobre el fenómeno extraño del padecimiento –aunque en ocasiones sea más una suerte de conjuro o poder, que realmente un castigo–, y en su condición de historia narrada. El síntoma, o mejor, los síntomas consignados provienen de los cuerpos que los exhiben, ordenados luego en el ejercicio de una narración lo suficientemente verosímil para que sea digna de estar en la *Encyclopaedia*. Los dolientes de *Corpus ambiguum* realizan un gran esfuerzo por reconocer los límites de su propio cuerpo; la menor distracción hace que pierdan la consciencia sobre dónde termina su cuerpo y dónde comienza el mundo físico. La documentación de esta aflicción interesa por la evidencia anecdótica que recubre la experiencia de los cuerpos enfermos, pero al mismo tiempo despliega evidencias que accionan los terrores y angustias que la enfermedad origina:

And there is one well-documented case of a woman who managed to bend the disease to her will. She took up the study of anatomy and became a healer. By laying hands on invalids, she would sense their pain, identify their pathologies, even manipulate their organs into expelling the stones and cysts that had laid them low. Then she began to expel demons from epileptics. The local priests resented this intrusion into their domain and accused her of witchcraft. She fled the place, leaving the townsfolk to the privacy of their own afflictions. (47)

La enfermedad narrada deja entrever asimismo su dimensión moral e ideológica. Como ha señalado Susan Sontag, a propósito del SIDA, la enfermedad despierta una serie de “punitive or sentimental fantasies” (3) que orientan la posición de los enfermos en la imaginación y en los discursos de las naciones modernas. En particular, las pestes tienen una inflamación metafórica inconfundible: esta llega de otra parte (es extranjera), se apodera del cuerpo social e individual, genera cadenas de contagios, es atemporal, arruina la civilización y siempre es un castigo colectivo y, en ocasiones, de procedencia divina: “la enfermedad contagiosa es siempre una invasión” (Guerrero-Bouzaglo 16). La *Insania communalis* pone en cuarentena a determinados pueblos para aislarlos de los humores malignos: “One person’s inability to find food lights an urgent hunger in another, which causes a third to consume stale meat, upsetting the guts of a fourth” (Paralkar 69). El contagio genera un caos moral que impide a los ciudadanos lidiar tanto con las virtudes como con los pecados: la enfermedad transforma la comunidad y esta se ve expuesta en su innegable fragilidad. Sucede lo mismo con la *Pestis divisionis*, una plaga de dudosa procedencia que se instala en un determinado pueblo haciendo que sus vecinos se conviertan en enemigos: “Neighbors who used to tend each other’s farms now chop each other with scythes. Men crush their brothers’ throats, while women stir poison into their children’s milk. They are fully aware of the bonds they once shared, but they cannot imagine how they ever loved such vile insects” (Paralkar 100). Una vez recuperan la conciencia, muchos no pueden vivir con las consecuencias de sus actos. El horror verdadero de la peste es, en realidad, que nadie jamás se libra ella.

Ahora bien, ¿quién organizó las entradas de la *Encyclopaedia*?, ¿quién reunió el historial de cada enfermedad descrita?, ¿existió acaso una agrupación colectiva que trabajó incansablemente en este texto canónico que, de igual manera, es susceptible de ser impugnado o revisado por un cuerpo de doctos y especialistas? Los trescientos veintisiete volúmenes están en la biblioteca, ese es un hecho; no obstante, desconocemos, incluso como lectores, una posible autoría unitaria del documento. La noción de autor medieval, al menos para el contexto histórico que ficciona la novela de Paralkar, se suspende: no es solo el nombre de una autoridad científica la que protege la credibilidad de la *Encyclopaedia*, antes bien, el carácter colectivo del documento es lo que confirma

su estatuto de valor⁴. Tal vez aquí podría residir un procedimiento paródico que acciona la novela al evitar nombrar una autoría única del texto; en vez de ello, su interés es producir un registro múltiple sobre la enfermedad en cuanto experiencia observable y, por consiguiente, registrable. El interés del bibliotecario tísico no es la marca de propiedad que tiene el documento, es decir, su interés no es sobre la figura del autor, sino sobre su carácter de archivo que documenta, agrupa y orienta un saber sobre las aficciones que médicos, viajeros, cronistas, anatomistas y patólogos (posibles figuras autoriales) se dedicaron por siglos a estudiar y, por tanto, a consignar en la *Encyclopaedia*.

El maestro bibliotecario le advierte a Máximo que solo hay una *Encyclopaedia* en el mundo, sentencia que se vuelve fundamental para entender el carácter de archivo que tiene el documento. De acuerdo con Derrida, la etimología de la palabra archivo, *Arkhe*, alude tanto a un comienzo, como a un mandato: “allí donde las cosas comienzan (...) más también el principio según la ley” (8). El texto, de un lado, contiene el universo de la enfermedad: “If you read the *Encyclopaedia* from beginning to end, you get the feeling that every affliction known to man is part of a single, infinite progression” (Paralkar 109). Esa sensación de progresión infinita, mencionada por el bibliotecario, hace posible que el texto remita a su condición de prueba escrita y fuente de autoridad. El documento está domiciliado en una biblioteca que, en este caso, funciona como espacio de consulta y resguardo: la *Encyclopaedia* tiene una residencia permanente y a disposición de una autoridad arcónica y letrada que lo considera un documento invaluable.

Por otra parte, la novela ensaya un meta-saber narrativo sobre la enfermedad. Si el síntoma se verbaliza y se registra como evidencia incuestionable de una patología, también remite al carácter diagnóstico del saber médico, solo que aliado con técnicas narrativas para ser transmitido y, por consiguiente, legible en cuanto forma de conocimiento. La *Encyclopaedia* reúne y compendia un tipo específico de saber que no puede ser expuesto sino a quienes se ven interpelados por la enfermedad y, claro está, quienes la padecen.

4 De acuerdo con Michael Foucault durante la Edad Media los libros categorizados como discursos científicos, y que poseían un valor de verdad, usualmente estaban marcados con el nombre de su autor: “eran los índices que marcaban los discursos destinados a ser recibidos como probados” (62). Sin embargo, esa práctica empieza a desaparecer en los siglos XVII y XVIII y los discursos científicos empiezan a ser recibidos por sí mismos en “el anonimato de una verdad establecida” (62).

Saber patognóstico e imaginario

Wolfgang Bongers sostiene que el objetivo de la medicina en tanto ciencia etiológica es, principalmente, elaborar diagnósticos sobre el cuerpo enfermo, sus procesos de terapia y cura, mientras “la literatura y el arte son capaces de hacer diagnósticos estéticos sobre el estado de la cuestión en una sociedad y sus constelaciones culturales” (15). La literatura produce una suerte de meta saber cultural o “*second order observation*” (15) de la medicina, que podría entregar nuevos marcos de conocimiento, mucho más humanizados y situados, en torno al lenguaje, tiempo y experiencia de la medicina y sus procesos. No se trata, en todo caso, de que el arte espejee la medicina o imite sus prácticas, sino que proponga o, en el mejor de los casos, reelabore estéticamente los imaginarios de la biomedicina que se asoman a la vida humana.

La literatura, desde esta perspectiva, no reproduce los códigos de lectura y las prácticas históricas de la medicina, por el contrario, se ofrece como un saber alternativo que exhibe humana y artísticamente los múltiples intercambios, tensiones y diálogos que un sujeto atravesado por el diagnóstico o el pronóstico establece con la institución médica. En este sentido, medicina y literatura funcionan en una relación de conjunción, no de oposición: ambas áreas producen discursos y posiciones éticas sobre el cuerpo, la enfermedad y la salud y, al tiempo, exploran la potencia de la metáfora como horizonte cognitivo. Ambos son saberes complementarios en su afán por mapear fenomenológicamente “otros territorios de exploración del sujeto” (Scarabelli 1), y en donde se puedan, siguiendo a Laura Scarabelli, “elaborar nuevas modalidades de integración entre los protocolos clínicos y prácticas institucionales de la medicina” (4), pero también nuevas narrativas resistentes, perdurables y políticas que diagramen otros sentidos posibles para aprender a vivir con la enfermedad.

¿Cómo evaluar aquellos materiales literarios interceptados por los lenguajes científicos, pero que se resisten a un saber enteramente racional? *The Afflictions* se encuentra en esta zona de intersección: la novela es un juego de diálogos y vecindades entre el lenguaje de la medicina y el lenguaje propiamente literario. No obstante, ¿no es acaso la medicina una disciplina que también produce metáforas?, ¿no es al fin y al cabo la medicina una narración en sí misma?, ¿no es la

enfermedad un conjunto de especulaciones provenientes del síntoma que posteriormente debe confirmarse por vías más “racionales”? Vikram Paralkar sabe moverse como escritor por el terreno de la literatura y como médico extrae toda la belleza y toda la imaginación –por retorcida o perversa que en ocasiones pueda ser– de su profesión. La obra es el resultado de una alianza productiva entre dos lenguajes que hacen del síntoma una excusa narrativa. La enfermedad no es nunca una condición lejana de su estatuto imaginario: precisamente pasa por allí para ser explicada.

Cada aflicción descrita en la *Encyclopaedia* tiene un presunto nombre científico. Cuando menciono presunto es porque Paralkar acude a una labor filológicamente lúdica para nombrar cada enfermedad como lo haría en rigor la disciplina científica, acaso otro indicador del procedimiento paródico que propone la obra. Esa puede ser una notable diferencia de la *Encyclopaedia* respecto a otro tipo de material bibliográfico que reposa en la biblioteca. El primer gesto de reelaboración discursiva sobre la enfermedad pasa por el acto mismo del nombrar: *Mors inevitabilis* (muerte inevitable), *Vulnus morales* (herida moral), *Renacentia* (renacimiento), *Tristitia contagiosa* (tristeza contagiosa), *Foetus perfidus* (feto pérfido), *Oraculum terribile* (oráculo terrible), *virginitas aeterna* (virginidad eterna). Casi todas las entradas de la *Encyclopaedia* tienen un sentido lingüístico que se conecta con el historial de la aflicción: el nombre y el objeto designado coinciden en el plano de narración. La *Confusio linguarum*, por ejemplo, es un extraño trastorno lingüístico. Sus víctimas pierden la facultad de hablar en su lengua nativa y empiezan a comunicarse en idiomas inexistentes; sin embargo, lo que interesa más que la enfermedad misma, es decir, sus síntomas, son los restos que deja, el signo de su insoslayable presencia: “It is common to see public monuments defaced by words scribbled in thousands of alphabets. Each scribbler is seeking companions granted a similar dialect, with whom they might speak a single honest sentence. Some succeed, and they leave the blood relatives made distant by the disease” (Paralkar 77-8).

Jochen Hörisch afirma que las bellas letras “tratan acerca de patologías y monstruosidades de todo tipo” (52). La enfermedad ha estado presente como tema en la literatura, pero habría que evaluar qué tipo de saber particular emerge cuando se ficciona una experiencia encarnada sobre la aflicción, el dolor y la muerte. La literatura tiene una propensión patognóstica, observa Hörisch

siguiendo los escritos de Rudolf Heinz, porque articula el conocimiento (gnoseología) con la lógica de las enfermedades (patología). El saber patognóstico de la literatura se elabora por la capacidad que tiene esta de asediar el conocimiento científico, de tomar prestados sus procedimientos y teorías y convertirlo en actos fecundos de sentido, evaluaciones del mundo, constataciones de época y actitudes políticas sobre la vida y lo viviente.

La enfermedad es indisociable de la imaginación, de hecho, esta la representa y la potencia, permitiendo, por supuesto, su circulación como saber. En la novela muchas enfermedades documentadas en la *Encyclopaedia* han sido consignadas históricamente por obra de cronistas, viajeros, nómades, luego confirmadas por médicos, investigadores y especialistas, mas no se pone en cuestión su veracidad. En ocasiones el historial de cada enfermedad es rocambolesco. Verbigracia, *Osteitis deformans preciosa* es una aflicción particular, una suerte de artrosis fantástica: “The bones of the wrists fold back over the forearms, which themselves curl towards the elbows. The shins bend until ankles press against knees. Then the large bones themselves deform and coil back, and the invalid is reduced to a head and torso with grotesque rolls for limbs” (72). La enfermedad avanza y progresa según los síntomas descritos: torcedura de vertebras, espasmos y reducciones musculares; finalmente el esqueleto entero queda reducido a un codiciado diamante. El caso clínico comporta las características de un cuento fantástico. La enfermedad se nombra, se explica, de acuerdo con los síntomas expresados por el cuerpo enfermo, se otorga un breve contexto y se introduce la evidencia:

In one of every ten cases, the affliction will release the invalid from its grip many decades after death. An incident involving a duchess of Burgundy put a swift end to the fashion of wearing these diamonds as jewelry. She was found in her chamber, her face white and bloodless, her heart stopped by shock. A full skeleton lay draped across her chest where the diamond had once hung, in an ornate setting fashioned after the Byzantine style. (74)

La doble posición privilegiada de Paralkar, al venir del mundo de la medicina y al incursionar como escritor con sus novelas, ambas relacionadas con el campo de la medicina⁵, lo hace partícipe en la construcción de una sensibilidad y una autoridad distinta en torno a la experiencia de la

⁵ Es preciso enunciar que el caso de Paralkar no es excepcional. Escritores con formación médica han existido a través de la historia de la literatura occidental, por ejemplo: Antón Chejov, François de Rabelais, Mijail Bulgakov, por hacer una breve mención.

enfermedad. Empero, más que la enfermedad exhaustivamente estudiada y agotada en cuanto lenguaje científico, obscurecida por el concepto, obliterada como metáfora, Paralkar elabora una bitácora imaginaria y probable e inventa un modo particular de ficcionar curiosos casos clínicos parecidos a hechizos, maldiciones, humores malignos y plagas divinas. La novela es un ejemplo claro de la capacidad que tiene la literatura para contagiar –siguiendo la metáfora clínica– las disciplinas de la racionalidad con sus recursos, ocurrencias, explicaciones, fórmulas, hipótesis y métodos especulativos que, en principio, también son recursos propios de las ciencias naturales.

La novela esboza un programa narrativo e interdisciplinar al proponerse como novela de enfermedades imaginarias desde la interferencia del lenguaje médico. *The Afflictions* no es solo un depósito de microhistorias célebres y aterradoras sobre aflicciones sorprendentes, es también un laboratorio textual que literaturiza el saber de la medicina. Dados los urgentes debates en el campo de las humanidades médicas, la medicina contemporánea avanza hacia paradigmas cada vez más comunitarios que incorporan la narración como curación, proceso y terapia. La colaboración entre literatura y medicina, específicamente la relación narración y enfermedad, es palmaria en la formación de nuevos imaginarios sobre la vida y la humanización de la medicina: “la literatura no podrá nunca reducirse a una herramienta de análisis, teniendo la palabra escrita un poder inherente inexplicable, tanto como la palabra oral puede tenerlo en la relación entre el médico y el paciente” (Álvarez-Díaz 75).

¿Enfermar la literatura? Un cierre provisional

Sumándome a la propuesta que Francesco Fasano hace sobre las posibilidades de enfermar una “identidad unitaria” (21) y, por supuesto, desde una posición deconstructiva, avanzar hacia una definición más amplia, divergente y disidente sobre el individuo y lo humano, es menester enfermar también la literatura, pero ¿qué significa eso? La propuesta avanza, claro está, en un plano metafórico, simbólico y performativo que reconoce la enfermedad menos como tema y más como un dispositivo discursivo y politizable que revierte sus connotaciones negativas e históricamente construidas. Enfermar la literatura significa, entonces, elaborar novedosos, críticos, subversivos y múltiples contenidos narrativos sobre el cuerpo, la salud, el bienestar, la discapacidad, entre otros,

que eludirían, como bien han observado Fasano y Andrea Ostrov, los programas biopolíticos que han administrado la vida en nombre de la muerte y exhibirían los cuerpos como lugares de resistencia a los modelos corporales ideales y normativos.

Enfermar la literatura no es un proyecto nuevo o, por lo menos, no ha iniciado de manera reciente. Gabriel Bizarri arguye que la enfermedad en la literatura más que un pretexto teórico; se convierte en un poderoso “dispositivo de insumisión que afloja el régimen de lo real [...], un gatillo de descategorización de lo común, una posibilidad para ensayar arreglos identitarios inéditos (invisibilizados, escandalosos), un portal abierto hacia otras formas de vida posibles” (213). En los últimos cuarenta años, de manera mucho más decidida, la enfermedad como experiencia, metáfora y episteme asedia, persigue y atormenta la literatura: la contagia, contamina, infecta, afebra, resfría, en tanto mecanismo transformativo y movilizador de sentidos plurales y elocuentes sobre la experiencia de los cuerpos, las sociedades neoliberales y sus crisis perennes sobre el futuro. Siguiendo a Gabriel Giorgi “El virus es la ocasión para agujerear o rasgar la película de la salud como fantasía normativa, como falsa promesa de inmunidad absoluta y como denegación de la muerte” (25). La enfermedad impregna aquello que ha sido silenciado en nombre la incorruptibilidad y rectitud de los cuerpo bellos y sanos y no colabora manteniendo estas ficciones culturales, por el contrario, las socava y debilita.

Los cruces interdisciplinarios logrados por Vikram Paralkar en *The Afflictions* concretan una propuesta provocadora al usar la literatura como un vehículo del conocimiento médico o, mejor, de aquello que ha ordenado su saber y praxis. El resultado es una fábrica de minificciones que orbitan en torno a las posibilidades e intensidades de la enfermedad como discurso, pero también como elemento configurador de la identidad, la comunidad y la vida. La salud es también una ficción que se doblega ante la presencia inminente de la enfermedad: no es un estado ideal porque, como ha observado George Canguilhem “lo propio de la enfermedad consiste en venir a interrumpir un curso, en ser propiamente crítica” (Canguilhem *Lo normal y lo patológico* 103)⁶. Particularmente, y de manera significativa, es la aflicción la que se documenta, imagina y archiva, no los estados ideales

⁶ Esa esa condición crítica de la enfermedad se refiere en tanto esta desordena la normalidad de la vida, pero también y, sobre todo, por el juicio de valor que puede comunicar respecto a las (bio)políticas que arreglan y desarreglan la vida.

de salud y bienestar o, por el contrario, se subvierten cuando la aflicción se asoma críticamente para reordenar la vida común. La fuerza metafórica de la enfermedad se libera de su prisión cientifista: Paralkar logra extraer, decantar y liberar su valor narrativo y poético para mostrar como esta ha sido, desde siempre, un recurso más de la imaginación humana.

The Afflictions se ofrece como una exploración decidida, desde las posibilidades de la ficción, a aquello que históricamente ha asediado a la medicina y, por tanto, es el centro de interés de la práctica médica: la enfermedad. No obstante, más que un conjunto de síntomas o amenazas a una condición ideal de cuerpo y salud, esta es examinada en tanto fenómeno narrativo susceptible de ser archivado e ilustrado. Los síntomas descritos se combinan perfectamente con una retórica que ensancha la experiencia singular o colectiva del enfermo y, desde ahí, reconstruye los terrores, asedios, especulaciones y maldiciones que la peste, el contagio, la epidemia, el síndrome o el trastorno genera en los cuerpos que los hospeda. Esa intención indagatoria y especulativa que la novela moviliza construye un campo de sentido en el que convergen la certeza con el mito, la histeria colectiva con las pesadillas singulares y los remedios con la sabiduría popular. Si bien Paralkar viene de un espacio construido en torno a la racionalidad del conocimiento y a la explicación factual, exhibe la metáfora y la fantasía como los mejores recursos disponibles para narrar la enfermedad y hacerla inteligible a través de un acto narrativo. *The Afflictions* acude al conocimiento científico, pero lo contagia con elucubraciones y disquisiciones imaginarias, fantasea con la raíz etimológica de las enfermedades y mapea casos clínicos insuficientemente explicados o jamás resueltos por la práctica médica.

No hay una lección moralizante, sino un ejercicio lúdicamente político en *The Afflictions* porque, según Leonardo Sabbatella, “habla de forma indirecta sobre la condición humana” (1). ¿Cómo volver a la enfermedad para convertirla en un poderoso discurso creativo que dote de autoridad a la imaginación? Afasias locuaces, cegueras migratorias, memorias infestadas de mentiras, amnesias colectivas, parálisis por estaciones lluviosas, delirios expresados en enrevesadas e ilegibles obras artísticas, mujeres vírgenes eternamente, insomnios incurables, conciencias errantes, oráculos terribles, gramáticas inefables, lenguas adánicas, parálisis moral, nacimientos imperfectos,

representaciones que envejecen en vez de sus dueños, visiones finitas, personas que escuchan el silencio o que están condenados a ser nómades eternamente, melancolías contagiosas. Solo aficciones.

Obras citadas

- Álvarez-Díaz, Jorge Alberto. “Importancia de la literatura dentro de las humanidades médicas”. *Gac Méd*, no. 1, 2010.
- Bizarri, Gabriel. “Introducción. Modernidades otras y ‘afectadas’: la enfermedad como nuestra parte de noche”. *Altre Modernità*, no. 24, 2020.
- Bongers, Wolfgang. “Literatura, cultura y enfermedad. Una introducción”. *Literatura, cultura y enfermedad*. Wolfgang Bongers & Tanja Olbrich, compiladores. Paidós, 2006.
- Canguilhem, George. *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI Editores, 2015.
- . *Escritos sobre la medicina*. Amorrortu Editores, 2004.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Editorial Trotta, 1997.
- Didi-Huberman, Didi. “El archivo arde” *Filología Unlp*. Acceso: 2 de abril de 2020. <https://filologiaunlp.files.wordpress.com/2012/05/el-archivo-arde1.pdf>
- Fasano, Franceso. “Desaparecer en la nada y desaparecer en el todo: la enfermedad crónico-degenerativa más allá de lo humano en Sylvia Molloy y Lina Meruane” *Orillas*, no. 8, 2019.
- Faure, Oliver. “La mirada de los médicos”. *Historia del cuerpo II. De la Revolución francesa a la Gran guerra*. Jean-Jacques Courtine, Alain Corbin y Georges Vigarello, editores. Taurus historia, 2005.
- Foucault, Michel. “¿Qué es un autor?” *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales I*. Paidós, 1999.
- . *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Siglo Veintiuno Editores, 1986.
- Giorgi, Gabriel. “Después de la salud. Escritura del virus”. *Revista de Investigaciones Literarias*, no.17-33, 2009.
- Guerrero, Javier y Bouzaglo, Nathalie. “Fiebres del texto-ficciones del cuerpo”. *Excesos del cuerpo. Ficciones del contagio y enfermedad en América Latina*. Eterna Cadencia, 2009.
- Halfon, Mercedes. “No hay remedio”. *Página/12*. Acceso: 22 de octubre de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-5895-2016-07-24.html>.
- Hörish, Jochen. “Las épocas y sus enfermedades. El saber patognóstico de la literatura”. *Literatura, cultura y enfermedad*. Wolfgang Bongers & Tanja Olbrich, comps. Paidós, 2006.

Hutcheon, Linda. *A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*. University of Illinois Press, 2000.

Le Breton, David. *Antropología de cuerpo y modernidad*. Nueva visión, 2010.

Ostrov, Andrea. “Enfermedad, desterritorialización y potencia en *Games of Crohn* de Leonor Silvestri”. *Orillas*, no. 8, 2019.

Paralkar, Vikram. *The Afflictions*. Lanterfish Press, 2020.

Porzecanski, Teresa. *Somos cuerpo. Itinerario y límites*. Trilce Ediciones, 2011.

Scarabelli, Laura. “A modo de introducción. El imaginario de la enfermedad en la narrativa hispanoamericana contemporánea”. *Orillas*, no. 8, 2019.

Sabbatella, Leonardo. “Las aficciones”. *Otra parte*. Acceso: 15 de junio de 2020. <https://www.revistaotraparte.com/otras-literaturas/las-aficciones/>.

Sontag, Susan. *Illness as Metaphor*. Farrar, Straus and Giroux, 1978.